

TRAMPANTOJO

TRAMPANTOJO

CHARO JIMÉNEZ

Primera edición, 2015

© Charo Jiménez, 2015

© Triskel Ediciones, 2015

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-944712-4-7



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

A mi padre, mi mayor fan.
A mi madre, siempre en mi mar y en mis rosas.

“Una persona que se siente culpable, se convierte en su propio
verdugo”

Séneca

“He aquí mi secreto, que no puede ser más simple:
sólo con el corazón se puede ver bien;
lo esencial es invisible para los ojos”

Antoine de Saint-Exupéry

¿De qué color es el cielo? ¿Sabes de esa hora desconcertante de luz imprecisa en la que el tiempo parece suspendido? ¿Esos instantes efímeramente eternos en los que el gris, el azul, el rosa, el anaranjado y el violeta pintan el cuadro de tu horizonte? Las luces encendidas, ¿ya o aún? Las calles desiertas; los gorriones revoloteando alborotados, ¿vuelven al nido o acaban de despertar? Y si olvidas tu presente, te preguntas, ¿Es el amanecer o el atardecer lo que contemplan mis ojos?

Así es como me siento.

Desde esta apartada orilla, desde esta soledad interior. Apareces tras media vida.

Me cuentan labios amables del sufrimiento de quienes tanto quise, me brindan corazones rotos, cálices con la sangre derramada y yo debo beber de ese cáliz, debo expiar esa sangre que tanto amé, debo redimir nuestras almas (compañera del alma, compañera, ojalá hubiera podido besar tu noble calavera); me auguran manos primorosas hilos mágicos con los que restaurar el tapiz hecho jirones (“*How can you mend a broken heart...?*”); me suplican ojos de mar que cruce hasta la otra orilla, que me atreva a pensar que se trata del amanecer esa luz confusa que aparece delante de mí, que comienza un nuevo día, que no se está poniendo el sol, que no es oscuridad lo que me aguarda si

Trampantojo

finalmente cierro los ojos y me dejo llevar, que confíe, que sepa interpretar la ilusión, el trampantojo.

No sé qué historias se habrá dedicado el viento a murmurarle a las aves esta madrugada de nidos desvelados, pero el caso es que la luna era una loba y el mar se ha encabritado como un toro de feria y ni el sol, ni las gaviotas, ni los pescadores afanados han conseguido apaciguarlo por ahora. La vomitona de olas es gigantesca y al alcanzar la orilla, escupe exabruptos rugiendo y echando espumarajos que espantan a la arena calmosa, forzándola a retirarse para no ser engullida sin miramientos; no sé qué cuentos ni qué leyendas de niños recién nacidos, blancos como lomos de armiño y abandonados a su suerte, pero la Naturaleza es sabia, de modo que algo malo debe de haber sucedido...

LO QUE EL VIENTO NOS DEJÓ

Un amanecer brumoso y gris me sorprende tras las persianas del dormitorio. Lenguas de nubecillas caprichosas juegan al escondite entre los tejados de la ciudad desierta o retozan holgazanas en las azoteas, lamiendo con su aliento húmedo las ropas olvidadas. El imprevisible febrero, travieso y rebelde, mantiene intacta su capacidad para sorprender alternando días de gloriosa primavera adelantada con otros, como hoy, intempestivamente invernales.

Estos cambios bruscos siguen afectándome demasiado. La luz y el color son pilares en mi estado de ánimo, pero aún así, me parapeto en mi cálido abrigo beige y salgo a dar el obligado paseo matutino. Los comercios inauguran la jornada bostezando somnolientos al abrir sus puertas con un chirriante quejido metálico. Dirijo mis pasos hacia las calles menos transitadas, aquellas en las que las majestuosas y agonizantes casonas de antaño suplican calladamente una mirada de atención, unos ojos ilusionados recorriendo sus estancias y haciendo planes de futuro; volver a aspirar la fragancia estridente de la pintura fresca; escuchar de nuevo el revuelo maravilloso de unos niños, sus gritos, sus peleas y sus juegos; volver, en definitiva, a sentirse mozas de nuevo, a sentirse habitadas, a sentirse útiles, a sentirse vivas.

Mis pensamientos vuelan muy lejos de allí. Mientras echo los pasos uno tras otro de forma mecánica, no paro de darle vueltas al

mismo tema, sin encontrar el camino, sin avanzar. Quizás por eso me empecino de una forma casi obsesiva en andar siempre en línea recta (pero ya se sabe, “caminando siempre en línea recta no se puede llegar muy lejos”). Un mal presagio pone fin a mi recorrido.

Hago mi parada habitual en la cafetería a la que acudo desde hace años, uno de esos locales acogedores que conservan el aire atemporal de las cosas bellas. Las manos profesionales de Germán, Juan y Macarena lo cuidan con esmero. Con la última reforma han conseguido combinar lo tradicional y lo nuevo, sin disonancia. Las mesas de mármol blanco desgastado y pulcro con sus patas de hierro forjado, hábilmente dispuestas para permitir la distancia prudencial que todo cliente celoso de intimidad busca en sus conversaciones o sus momentos de asueto solitario; las paredes estucadas de azul añil, casi desnudas, a excepción de la que preside la barra en la que diversas estanterías apoyan toda suerte de objetos típicos de las cocinas de nuestras abuelas; un rinconcito vestido de trazos llamativos de una serie de seis lienzos de una artista sevillana que cada domingo se expone incauta y animosa a la intemperie de las horas tempranas de la plaza del museo y a las miradas escoradas del público; y un gran espejo, discretamente repujado, enfrentado a la cristalera que permite curiosear el deambular de los transeúntes por una calle peatonal abarrotada de comercios.

Me acomodo en la mesa de siempre.

—Buenos días, señora Teresa. Aunque de bueno tiene poco. No parece que vaya a despejar hoy. Aquí tiene su café y el diario, que bien calentito vienen hoy los dos. Se ha enterao ya, ¿no? Otros dos muertos, ¡Qué desastre! y dicen que estos imbéciles están de capa caída, que si han acabao con el comando tal, que si la cúpula

se desmorona... Palabrería, ¿no cree usted?, mientras sigan cargándose a la gente así de esta manera tan impune, me da a mí que ya no se quean con nadie. Bueno, perdone, señora Teresa, pero hoy estoy como el día y además me lanzo y no paro, que me he puesto bien temprano las Duracell.

—Buenos días, Juan ¿Qué tal tu madre?

—Ahí anda, de la cama al sillón y del sillón a la cama, que eso, digo yo, que ni es vida ni ná. Pero hay que dar gracias, ¿sabe usted?, mientras no vuelvan esos dolores tan grandísimos que soportó la pobre llorando como un perro. Yo sentí mucho lo de su pobre padre. —Teresa asentía asegurándole que lo sabía pues no había día que no lo recordara por un motivo u otro—. Un señor con toa las de la ley, ¡Dios lo tenga en el sitio de honor que le corresponde!, un señor de los pies a la cabeza, el cliente más bondadoso y amable que he tenido el gusto de servir en tó mis años de camarero ¡y ya son unos pocos! La peor parte con la enfermedad esa es pa los familiares, ¿no? Pero usted es mu fuerte y mu sabia, señora Teresa, y tiene que servirle de consuelo pensar que él era como un niño y se fue así, ¡tan feliz! y que además, ¡Estaba tan orgulloso de usted!

—Gracias, Juan, lo sé, es difícil, pero sí que consuela lo que dices —Papá se fue marchando despacito durante meses, a ratos sumido en su viscosa y pacífica somnolencia, a ratos despierto y consciente, valiente y agradecido con su eterna sonrisa y sus ojillos de niño tunante... Sin poso de amargura o resentimiento (me dejaste huérfana de ternura, papá).

—En fin, que ¡Palante Hermandad de Gines, haga su presentación! La vida es así y hay que coger el toro por los cuernos y aprovechar lo que se pueda. Tomará hoy tostada mi clienta favorita, ¿no?

—Sí Juan, gracias, pero sólo media que no consigo superar las Navidades.

—¡Ande usted, que se lo puede usted permitir!, no se me vaya a volver como esas niñitas de sacarina y todo “lait” o como se diga. Un buen mollete con tos sus avíos, eso es lo que hay que meterse entre pecho y espalda pa tener energía hasta la hora de las tapitas. Que digo yo que la buena comida es el mayor de los placeres, el placer por “autonomasia”, ¿o no?

—Tienes toda la razón, Juan, que sea entera.

Y el bueno de Juan, el que se levanta cada día a las cinco de la mañana, el que prepara el desayuno con pastillas a su doliente madre y se lo lleva a la cama con un beso y un *¡venga madre, que hoy viene de lujo, con la mermelada que más le gusta!* el que sale de su casa suspirando y sabe que no puede hacer más de lo que hace pero se exige hacer lo que no puede, se da la vuelta tan contento

—En un periquete tiene usted aquí gloria bendita.

¡Marchando entera con jamón!, vocea cantarín.

Los titulares del periódico no ayudan (¿cuándo coño se pudrirá en la cárcel la última generación de estos mierdas sabiendo que ya no queda nadie detrás para continuar con su puta causa de muerte y terror sin sentido, con su mentira macabra que...? ¡A ver si los que matan se mueren de miedo!) La rabia y la impotencia no se prestan a colaborar en la sana costumbre de masticar lenta y parsimoniosamente cada bocado minúsculo como me ha recomendado mi endocrina en lugar de devorar como un pavo, que es, en realidad, lo que suelo hacer desde que era pequeña.

Tiempo de elecciones. ¡Qué machaqueo! Ya lo decía Quevedo: “Nadie ofrece tanto como el que no va a cumplir”, aunque entre insultos y descalificaciones apenas nos dejan entrever qué

proponen de nuevo, si es que queda algo nuevo que proponer. En fin, no serán ni ángeles ni demonios, si no hubiera quien se prestara a este ingrato y difícil juego... pero, ¡Cómo se lo montan! (“Bueno, yo ni regalo”, que diría Juan). Podrían cambiar las formas, suavizar los modos. ¡Cómo somos este pueblo!, siempre lo mío lo mejor y lo del otro basura, mas cuando menos te lo esperas, ¡zás!, te lo birlo y donde dije digo, digo Diego ¿Y los eslóganes!? ¿Dónde está el talento español en esta materia? Destacamos en las artes y las ciencias. Somos gente con chispa, imaginación y nuestro puntito de ironía. Tantos ilustrados literatos, profundos filósofos, polifacéticos e inquietos periodistas, excelsos científicos, triunfadores hombres y mujeres de negocio, originales publicistas... ¿Dónde se esconden cuando con sonrisa triunfal, los candidatos descubren los carteles de la campaña, arrancando el aplauso general que retumba en la sede de los partidos y el abucheo aplastante que golpea los salones de las casas de los votantes? A pesar de todo, con un ya clásico: “¡más de lo mismo!” y una decepción estoica, cumpliremos ritualmente con nuestra obligación el día de las elecciones.

Tras el paréntesis del desayuno, que normalmente supone un alivio y me ayuda a desconectar, vuelvo a la calle. Pero hoy, ni siquiera con el estómago satisfecho, me siento con fuerzas de seguir caminando. Un vientecillo amable me empuja a volver a casa a intentar cuadrar el balance entre mis sentimientos y la gramática.

CAPÍTULO I

“Mis chicas del Santo Ángel”

Marceaba mayo con terquedad aquel último viernes del mes. Una lluvia mansa y persistente había dejado a las niñas sin recreo. Pero fieles a la tradición mariana, le cantarían a la Virgen con el mismo regocijo pueril de todas las primaveras. La Hermana Trinidad, imponente y serena cual secuoya californiana, levantaba los brazos y llamaba al orden al coro de chiquillas uniformadas que se levantaban de los bancos y, bien alineadas y erguidas como un batallón perfectamente adiestrado, alzaban sus angelicales voces al compás del vuelo de aquellas dos palomas blancas, guías de agudos y graves, de corcheas, semicorcheas y silencios. “Venid y vaamos toodos con floores aa Mariía, con floores aa Mariía que maadre nuestra es...”.

El Santo Ángel de la Guarda era un colegio de monjas de los más prestigiosos de la ciudad, tanto por sus magníficas instalaciones como por el alto nivel académico impartido por un profesorado probadamente cualificado, en su mayoría seglar. Ubicado en una zona de chalets y algún esporádico bloque de pisos a la salida de Sevilla por la carretera de Madrid, contaba con tres pabellones de galerías anchas que albergaban las aulas de los párvulos, EGB y BUP, el gimnasio, el comedor, el salón de actos, la biblioteca, la iglesia, la capilla y las estancias de las “Hermanas”

y de las alumnas internas; en el exterior, un área de terreno importante que más que patio habría que llamarlo campo, para hablar con propiedad, y en él, su cancha de baloncesto, su zona infantil, sus fuentes, sus árboles y su tapia, el rincón preferido de las mayores, refugio donde se congregaban a trapichear secretos y cigarrillos.

Rosa y Elena entraron en esta nueva escuela en quinto de la Educación General Básica. Se habían convertido ya en toda unas mujercitas portadoras de intensas vivencias.

Venían de la escuela del barrio. Un colegio mixto hecho a su medida, pequeño y fácil de manejar a pesar del incipiente número de golfillos que últimamente andaban llamando la atención más de la cuenta, razón por la cual sus padres decidieron el cambio. Ellas, al principio, se lo tomaron mal. Pero era cierto que en los cursos superiores destacaba un grupillo de patanes que montaban el *pollo* en el patio en cuanto la *seño* se despistaba en la vigilancia y que el número de peleas aumentaba de forma alarmante. En cualquier caso, Elena era, ya a sus nueve añitos, un hueso duro de roer para quién osara plantarle cara en Nuestra Señora de las Angustias, en la calle o allá donde se encontrara, así que no había motivo para sentirse preocupadas. Pequeña y menuda como un ratoncillo pero rápida como un guepardo, le salía la vena “leona”, como le decía su madre, y ¡piernas para qué os quiero! Era el ángel de la guarda de Rosa, que todo lo que tenía de alta y fuerte, lo tenía también de tímida y apocada. Cuando Elena estaba cerca, nada había que temer, y eso sucedía prácticamente siempre. Pero si Elena faltaba por algún motivo, la pobre Rosa se sentía perdida y quería que se la tragara la tierra.

Sucedió uno de esos días. Elena estaba griposa y llevaba dos días faltando a clase y Rosa sentía verdadero pavor al pensar que estaría sin su protectora a la hora del recreo.

—Mamá, por favor, no puedo ir al cole. Estoy malita. Yo también tengo gripe. —Sole la miró en el espejo mientras le estiraba la cola de caballo

—Pues yo te veo bien. —Le besó la frente y sentenció—. No tienes fiebre. ¡Halal!, ¡arreando que es gerundio!

—¡Mamá, que no te mientooo! —protestó

Sole terminaba de recogerle el pelo y apretaba la coleta con determinación.

—Cariño, tienes que hacer más amiguitas, porque Elena esté malita no vas a quedarte en casa, ¿entendido? —Y zanjaba la cuestión alargándole la cartera y el bocadillo de mantequilla Lorenzana. No era la gripe la enfermedad que le oprimía el pecho y le provocaba ese sudor frío en las manos. Era algo mucho más terrible y difícil de curar. Su dolencia tenía otro nombre: ¡¡¡Miedo!!!

Ese día, su tutora mandó a los chicos a otra clase porque tenía que dar una charla “sólo para chicas” y les radiografió todo el proceso de la menstruación y ya, aprovechando la coyuntura, de cómo venían los niños al mundo (y no era precisamente en la boca de ningún ave viajando desde París), de cómo se ¡¡“Hacían”!!, de cómo se formaban, hasta con sus uñitas y su pelito, y engordaban en la barriga de su mamá durante nueve meses alimentándose a través de un ¿¿¿Cordón??? Que tenían en el ¡¡¡ombliigo!!!; y, para terminar (lo que a las pobres criaturitas que escuchaban con los ojos como platos, y hasta alguna que otra con boca de buzón, las dejó ya totalmente noqueadas), de cómo y, sobre todo, por dónde

asomaban sus cabecitas al mundo por primera vez. ¡¡¡Chúpate ésa!!!

“Madre mía lo que te estás perdiendo” pensaba Rosa en su amiga, intentando calibrar qué era mejor, si estar allí escuchando a la maestra describir esas barbaridades de película de ciencia ficción, o perderselo y enterarse después para no morir así de vergüenza en su pupitre sin atreverse casi a respirar, no fuera ser que la señorita o alguna de sus compañeras advirtieran que ella de todo aquello no tenía ni la más remota idea. Por supuesto no dudaba de que su amiga hubiera ido arrastrándose con su fiebre y sus mocos de haber sabido la sorpresa que les tenía preparada Puerto, pero ella se sentía totalmente azorada con los mofletes como dos sandías, a pesar de la naturalidad y el tacto con que la maestra iba narrando todos los pormenores del maravilloso milagro de la vida.

—Sé que a algunas ya os habían explicado todo esto en casa, otras estabais confusas porque escucháis cosas a medias y os vais liando entre vosotras, y otras tantas ni siquiera os cuestionabais la labor sobrenatural de las sobrevaloradas cigüeñas. Por eso creo que es importante que hablemos de este tema y aclaremos vuestras dudas. Bueno, ¿Qué me decís?

La señorita María del Puerto era una maestra joven, guapa, cariñosa, paciente y vocacional hasta la médula, además de moderna y transgresora, hecho que se evidenciaba tanto en su forma de vestir, peinarse y no maquillarse, como en la manera de impartir las clases y relacionarse con sus pupilos. Proezas todas ellas mal recibidas que le acarreaban no pocos trastornos con algunas de sus compañeras chapadas a la antigua y reconcomidas por la envidia y los celos, que no escatimaban en reproches y quejas a la hora de presentarse ante la directora, entercadas en sus

principios. Pero hasta ahora, Doña Manuela, que aunque lucía canas y arrugas que dejaban clara su pertenencia a una generación formada en la disciplina más estricta y aleccionada para transmitir esos mismos valores a las venideras (la letra con sangre entra), se había posicionado con determinación del lado de su brillante maestra, convencida de que un camino nuevo se abría en el mundo de la enseñanza, que su fichaje estrella bien merecía lidiar con las viejas glorias porque tenía las ideas muy claras y la voluntad muy firme, y ella, unas esperanzas, desconocidas hasta ahora, en que Nuestra Señora de las Angustias podría entrar en la lista de los mejores colegios de EGB de la mano de maestros del perfil y empuje de Puerto.

La señorita María del Puerto no era, pues, una maestra al uso. Esta casi treintañera hija de padres emigrantes, nacida y criada en Suiza, volvía a la patria de sus progenitores con ideas avanzadas y un currículum atractivo. Era un alma libre que no comulgaba con algunos de los dogmas de la época en cuanto a la metodología a seguir en las escuelas. La regleta, los castigos protocolarios (¡¡las temidas orejas de burro!!) y las imposiciones (porque yo soy quien manda aquí), nada tenían que hacer dentro de su aula; era una visionaria de lo que más tarde se conocería como aprendizaje cooperativo, psicología del optimismo e inteligencia emocional, y como tal actuaba cuando consideraba que la ocasión lo requería sin preocuparse demasiado por las normas.

Eso fue exactamente lo que ocurrió aquella mañana de un invierno templado de principios de los años setenta en la que sentada bajo la fotografía del caudillo, corregía unas redacciones bajo el título: “El mejor recuerdo de mi infancia”, mientras sus alumnos de cuarto, sentados en sus pupitres dispuestos en círculo, coloreaban en su cuaderno Marquilla al ritmo de las canciones del

radiocasete que solía poner la maestra durante las horas de actividades lúdicas. No hubo ningún plan premeditado. Nada urdido a espaldas de la dirección ni estupideces por el estilo que tendría que escuchar más tarde de boca de las compañeras envidiosas. Lo que en realidad sucedió y actuó como detonante, fue que ese espíritu libre, y algo imprudente quizás, reaccionó ante lo que la madre naturaleza le ofrecía, de la manera que su conciencia impulsiva e ingenua, a pesar de todo, la empujaba siempre.

Puri, una chica delgaducha y vivaracha que terminaba las tareas en un abrir y cerrar de ojos, se levantó de su silla para colgar en la pared un dibujo libre. Fue entonces cuando la maestra descubrió la manchita que pintaba de rojo el trasero de su babi y no procedía precisamente de los lápices y rotuladores con los que andaba cultivando su creatividad. Puerto se levantó de su silla como un resorte para colocarse detrás de la chiquilla y anunciar al resto, indiferentes a lo que sucedía (exceptuando a Virginia que no perdía detalle con su sonrisita torcida y sus ojillos braseados saboreando de antemano el magnífico recreo que iba a pasar).

—Salgo un momentito de clase, niños. Seguid así de tranquilitos que estáis haciendo un trabajo estupendo. Rocío ocupa mi puesto. ¡Y que no tenga que apuntar a nadie en la pizarra!, ¿entendido? Y tú, Puri, acompáñame ya que has terminado.

Rocío se encaramó a la tarima para ejercer escrupulosamente de orgullosa maestra sustituta y cogió la tiza ante las protestas de los chicos ya dispuestos a revolotear unos minutillos a sus anchas.

—No vale, Rocío. —Se enfurruñó Javi cuando la maestrilla responsable empezó a escribir su nombre en el encerado.

—Sabes que no te puedes levantar, Javier —declaró ella muy en su papel

—Pero ¡Que sólo voy a la papelera a sacar puntaaaa! —protestó

—Pues me pides permiso, ya lo sabes.

—¡Ojú, Rocío, la seño me deja y tú no! —se quejó el chiquillo ante tamaña injusticia.

—Está bien. Puedes ir pero rapidito y que nadie más se levante —decía mientras lo borraba—. Y ¡no se puede hablar Virginia! —Le paró la lengua a la más trasto de la clase, que se aguantó porque no quería correr el riesgo de quedarse sin recreo o de que la mandara al rincón de pensar.

Y así cada vez que la maestra se ausentaba de clase por algún motivo. ¡Sí que apuntaba maneras Rocíoito!, dotes de mando que tenía la chiquilla, una artista en mantener el orden, una pequeña mamá “lemura” haciendo encajes de bolillos para imponer su autoridad y al mismo tiempo derrochar empatía y afecto. En cuanto escuchaba los pasos de la tutora aproximándose por el pasillo, emborronaba la pizarra y se quedaba más tiesa que un cirio allí plantada junto a la mesa.

—Se han portado muy bien, seño. —Era el informe casi sin excepciones.

Doña Manuela no estaba en su despacho cuando la señorita asomó por allí para explicarle lo que sucedía. Se llevó a Puri al baño y en unos minutos aclaró tanto la cabeza de la chiquilla (que por suerte era bien espabilada y sabía por su madre, también algo precoz en esas lides, que aquello podía suceder en cualquier momento), como el babi que, aunque mojado, recuperaba su color natural. Camino de vuelta a clase, la profesora hizo un nuevo intento infructuoso por encontrar a Doña Manuela. De modo que, ni corta ni perezosa, se lanzó a tomar las riendas de la situación

antes de que la chiquillería saliera al patio y el temita tomara algún derrotero que escapara a su control. Le pidió a Don Rafael, el maestro de quinto, que acogiera en su aula a los chicos de su clase la hora que quedaba hasta el recreo: *¡A mandar!*, aceptó sintiéndose el ser más afortunado sobre la faz de la tierra al haber sido elegido por su ama entre el resto de cachorrillos para dedicarle una palmada aprobatoria y depositar su confianza en él, puesto que, tal como hemos mencionado más arriba, mientras entre las compañeras cacatúas no gozaba de la camaradería deseada, la relación con los compañeros varones era, por razones obvias, bien distinta. Se les caía literalmente la baba ante ese bombón que cada día les alegraba la vista y los oídos con su potente delantera, sus pantalones ajustados, sus ojazos verdes, su melena ensortijada y su risa suave y melodiosa: *Aquí me tiene para lo que necesite, no lo dude, Puerto*. Y ella se lo agradeció con carita ingenua, pero sabedora de que al puerto o al monte o adonde fuera, le gustaría al Rafita llevársela; y lo que es más, últimamente tampoco se le antojaba a ella que fuera una idea tan descabellada. Pero esa es otra historia...

—Bueno, chicas —prosiguió con su discurso—, lo más importante es que no os asustéis, porque todo esto que habéis escuchado es la cosa más natural del mundo, privilegio exclusivo de nosotras, las mujeres (las niñas adoraban a su maestra y lo que les dijera iba a misa, pero esta vez seguían un poco o un mucho desconcertadas). Nuestro cuerpo está diseñado para dar vida ¿Hay algo más hermoso? Habladlo en casa con vuestras madres, sentíos muy especiales, no hay nada sucio ni raro en el hecho de hacerse mujer y con el tiempo amar a un hombre y formar una familia fruto del amor. No dejéis que nadie pretenda que lo veáis de otro modo. Es normal que ahora os parezca extraño, pero creedme

cuando os digo que es algo muy bonito. Ya sabéis que las chicas somos más maduras que los chicos, los he tenido que echar de clase porque aún son unos niños —sonrió maliciosa—, pero crecerán y deberán convertirse en hombres merecedores de vuestra grandeza; protegeos entre vosotras y apartaos de quien no valga la pena. Y, además, somos más valientes a la hora de la verdad. La valentía se demuestra en cosas importantes no en “a ver quién pega más fuerte o chilla más alto”. No lo olvidéis y confiad en vuestras madres que son las que mejor os van a aconsejar siempre, puesto que han vivido este milagro en sus propias carnes, trayéndoos al mundo.

Ya a la hora del recreo, y sin que nadie supiera como, los chicos estaban al tanto de cuanto se había desvelado en la clase y el pitorreo fue memorable. La señorita Antonia, encargada esa semana de la vigilancia del patio, no daba abasto entre tanto alboroto, y soplaba el pito cada dos por tres. Rosa estaba sentada en el banco más alejado de la chiquillería, engullendo su pan con mantequilla y soñando con ser invisible, cuando dos de sexto, probablemente repetidores, se acercaron por detrás. Sus nombres no nos interesan, eran los típicos gallitos que ejercían de machos por el simple hecho de disfrutar de un desarrollo precoz, alardeando de la incipiente sombra bajo sus narices desproporcionadas y de la anchura de sus espaldas.

—Eh, tú, mira a quién tenemos aquí. ¿Nos dejas morder un poco, chata? Tiene buena pinta.

—¿El pan o la gafitas? No te preocupes nosotros no somos de los que te cantan esa canción de tan mal gusto, ¿verdad tú? —Rosa se sabía muy bien la cancioncita; hacía algún tiempo que no la

escuchaba, pero nunca la olvidaría; ahora que se paraba a pensarlo seguramente eran esos gamberros los que se la recitaban escondidos cuando volvía a veces sola a casa “Gafitas cuatro ojos, capitán de los piojos...” ¡Qué crueldad la infantil!

Reían, se daban codazos. Rosa se quedó petrificada en su banco de piedra.

—¿Qué pasa, se te ha comido la lengua el gato? A ver, ¿Nos la enseñas? A lo mejor te podemos ayudar. Anda, chata, ¿O prefieres que te enseñemos nosotros otra cosa más interesante? Aprovecha hoy que no está la gata loca de tu amiga. ¿Quieres una clase práctica pa que no se te olvide lo que te han contado en la clase?

Rosa apretó los párpados hasta ver todas las estrellas del firmamento y rogó a Dios para que la señorita Antonia dejara de una maldita vez de martirizarlos con el dichoso silbato y zarandeara la campana salvadora. Escuchado o no su ruego, eso fue justo lo que sucedió por la sencilla razón de que el reloj marcaba las once treinta, ni un minuto más ni un minuto menos. ¡Bendita campana!

—Otra vez será, “gafitas”. No desesperes. —Y se fueron, ¡se fueron y ya está! “Que venga mamá ahora y me diga que no tengo fiebre”, pensó con la cabeza a punto de estallar.

No dijo nada en casa. Ni ¡mu! Dudó si contárselo a Elena pero tenía que decírselo a alguien. ¿A quién si no?

—¡Júramelo! ¡Júramelo! o no te lo cuento.

—¡Que sí, pesada!

—¿Palabrita del niño Jesús que no vas a decir nada? ¡Dímelo!

—¡PALABRITA! ¡PALABRITA! —Y se tapó la boca cruzando los dedos índices para revestirse de mayor credibilidad.

Decir, lo que se dice decir, efectivamente no dijo nada. La “gata loca” se dejó crecer las uñas, ante las protestas inútiles de su madre y su hermana, y birló una lima de acero del baño que nadie en casa volvió a encontrar.

Al curso siguiente, una vez dejada atrás aquella primera escuela, se encontraron con sus carteras a estrenar, sus plumiers bien equipados, sus uniformes mal conjuntados, sus incombustibles zapatos Gorila y su recelo, ante las miradas curiosas de las compañeras veteranas ya acomodadas en los asientos del autobús escolar que hacía su ruta y las cargó en una de las últimas paradas.

—¡Arriba chicas, no os quedéis ahí como dos pasmarotes!
—Elena subió la primera con la mirada desafiante y los orificios de la nariz aleutando compulsivamente, gesto inequívoco de que estaba a la defensiva.

—Buenos días, me llamo Ramón —reveló—. Soy el conductor de este autobús y vuestro capitán todas las mañanas desde que pongáis el pie en el primer escalón hasta que os desembarque y piséis tierra firme de nuevo. ¿Está claro? —dictaminó y preguntó de forma retórica porque no se permitió una coma y siguió desvelando sus mandamientos sin pausa pero sin prisa.

—Respetaréis a vuestro patrón, usease yo, en todo lo que ordene y mande. No os levantaréis de vuestros asientos mientras capitaneo, bajo ninguna circunstancia. No comeréis pipas ni masticaréis chicles *bazooka* de esos con los que me decoráis la tapicería tras aburriros de explotároslos en la cara. No os retrasaréis ni un segundo en llegar a vuestro puesto porque os dejo en tierra sin compasión. Así que vuestro primer pensamiento al abrir los ojos cada mañana será “¡En marcha! ¡Que viene Ramón!

—No...

—No...

—No...

Rosa avanzó por el pasillo tras su ángel de la guarda, espantada del demonio de conductor que les había tocado. “Mal empieza la cosa” pensó. Se sentaron en los asientos libres que quedaban más alejados de aquel monstruo. Elena con el ceño fruncido, Rosa con las lágrimas a puntito de delatar su congoja. Pasaron escasos minutos cuando la chica del asiento de delante se volvió hacia ellas encajando su cara de luna llena en el hueco que quedaba entre su asiento y el de su compañera.

—Hola —saludó con una vocecilla chillona.

—Hola —respondieron a coro Elena y Rosa.

—No os asustéis. Ramón parece malo al principio. Se hace el duro como si fuera un matón de una peli del Oeste pero en realidad es un pedazo de pan. Se pone así porque la hermana Áurea le dice siempre: “Ramón se tiene usted que hacer respetar, que si no estos diablillos lo toman por el pito de un sereno”, pero ya veréis lo bueno que es aunque tiene su genio. Eso sí, que no os descubra los chicles ni las pipas que eso lo enfada un montón.

—Nosotras no tenemos miedo de nada. Ya tenemos experiencia y sabemos defendernos. ¿Verdad Rosa? —alardeó Elena envalentonada mientras le pegaba un codazo a la pobre Rosita.

—No, no. De nada —susurró la aludida tan claro como buenamente se lo permitía el susto que se había adueñado de su cuerpo y le estrangulaba con fuerza la garganta.

—¿En serio? —repuso la chica abriendo exageradamente sus ojos azules.

—Pues claro, ¿Qué te crees que somos unas mentirosas? —Rosa miraba a la “gata loca” de su amiga pensando que era muy buena pero muy burra y que tampoco había necesidad de ser tan

“valiente”. Aunque bien mirado prefería mil veces que su amiga se pasase pareciendo antipática a que las tomaran por unas debiluchas y se cebaran con ellas gastándoles las consabidas novatadas como miembros frescos de la tribu. Ya se lo había advertido muy seria la tarde anterior: *Tú déjate de poner cara de mosquita muerta que después pasa lo que pasa. Ya somos mayores y nadie nos va a tomar el pelo como en el otro cole, ¿me oyes, Rosi?*

—Nooooo. Es que yo cuando entré nueva el año pasado estaba muertecita de miedo. Por eso lo digo. Pero que vamos que me duró muy poco porque estoy muy contenta. Y a vosotras seguro que os pasa lo mismo. Por cierto, me llamo Dulce Nombre. Ésta que está a mi lado medio dormida es María Guerrero y ya iréis conociendo a las demás. A ver si tenemos suerte y caemos en la misma clase. Vais a quinto, ¿no?

Dulce, la dulce Dulce, que irrumpía en sus vidas para quedarse.

Tardaron quince minutos en recorrer el camino desde la parada hasta la puerta principal del lugar en el que pasarían más horas al cabo del día, seis días a la semana durante su niñez y adolescencia compartiendo experiencias irrepetibles que las convertirían en mujeres guiadas por unos mismos valores. Valores y principios que cada cual adaptaría a lo largo de su vida como mejor pudiera o supiera; valores que incluso traicionarían y serían exiliados. Todas estaban expuestas ante un mundo implacable una vez abandonaran aquel hogar. Pero uno de esos valores que a veces podrían descuidar, adormecer o incluso olvidar, jamás lo enterrarían: el valor de la amistad, de la de verdad; aquélla que se manifiesta cuando el viento no sopla a favor, cuando otros valores que hasta cierto momento creías firmes e irrefutables, se convierten en cenizas que tienes que sacudirte para sobrevivir.

Ramón apagó el motor anunciando la llegada y apremiándolas a abandonar su nave. Las chicas se cargaron las carteras a la espalda y, despidiéndose con mayor o menor confianza, fueron bajando al trote. Al llegar a la altura del conductor, Elena y Rosa lo miraron de reojo y encontraron sus ojillos bonachones disimulando aprobación y ternura para no desenmascarar el inmenso corazón que se escondía tras ellos.

Cuántas excursiones y viajes compartidos con aquel ogro afable y gruñón que terminaba siempre vociferando a todo pulmón las canciones populares que le hacían rejuvenecer y olvidar sus achaques: “para ser conductor de primeera, aceleera, aceleera, para ser conductor de primera, aceleera señor conductor...” “Adiós con eel corazón que con el aalma no puedooo, al deespediirme de tiii, de seentimieento yo mueroooo. Tú serás el bien de mi vida, tú serás el bien de mi alma, tú serás...”.

En contra de lo que en un principio era de esperar, fue Rosa, y no Elena, la que se adaptó de inmediato a su nuevo mundo. El Santo Ángel de la Guarda no tenía nada que ver con el *cole* del barrio. Para empezar sólo había chicas y este hecho pintaba un panorama mucho más relajado en cuestiones prácticas, ningún gamberro le haría pasar el mal rato del banco de piedra nunca más. Pero su “angelito de la guarda” desde que estaban en el llamado parvulitos, se encontró de pronto sin trabajo y sin protagonismo por primera vez en su interesante trayectoria vital. La reacción de Elena fue pasar de gata a leona. Se sentía perdida, herida y celosa, sentimientos muy peligrosos en un mamífero de esas características.

Cayeron en la misma clase. Elena, Rosa, Dulce, María y el tío del mazo, que la visitaba con frecuencia sumiéndola en siestecitas sobre el pupitre durante las clases de la tarde; las primas Prado y sus ojos de mar; Juani y su guitarra, Myriam y su voz de ángel; las Mercedes, Cármenes, Pepa y su Francisco alegre; Josefinas, María José y Fina y el pájaro Yogüí; las Pilares, Rosarios, Rosas y Charo y sus tacones; Marien y su dulzura, Luisas, Anas, Trinidad, Elvira y sus cejas “levantás”; Paquita y su sensibilidad; Julia, Victoria, Susana, Eva y sus hermanos; Lola, Reyes y su bendita inocencia; Mati y su ternura, Lydia y sus locuras; Blanca, Antonia, Celia y sus pinceles; Anabel y su magia eterna; Inmas y Conchitas, Eloísa, Fátima, Isi y su precioso cabello ensortijado; Maribeles e Isabel, la mami protectora, Ifi y hasta una tal María Cesárea y su inolvidable borrador.

—¿¿¿Pero eso es un nombre??? —soltó Elena cuando pasaron lista.

A lo que Dulce respondió.

—A la pobre, la llamamos “Cesarita”.

—Pos vaya.

Estaban en el patio. Rosa le había insistido como todos los días para que jugara con ella y sus nuevas amiguitas al “Pollito inglés” y Elena le respondió con cajas destempladas.

—Ese juego es una tontería y me aburro contigo y con las pánfilas de tus amiguitas.

—Elena, porfi, vente. No sé por qué estás tan malaje.

—¡Ah, ahora soy malaje! Pues antes no te lo parecía cuando tenía que defenderte siempre. Pero claro, yo era lista y tú tonta y ahora la tonta soy yo, ¿no?

—¿Pero qué te pasa? ¿No quieres que tengamos más amigas?

—Si son como esas tontainas, no.

—¡Pero si son muy simpáticas!

—¡Sííí!, ¡tela! ¡pos vete con ellas! Es lo que haces, ¿no? ¡Y déjame en paz! ¡Siempre has sido una tonta!

—¡¡Elenaaa! —Y la pobre Rosita salía corriendo hecha un mar de lágrimas en busca del consuelo de sus nuevas compañeras que la recibían con los brazos abiertos y miradas de repulsa a la maltratadora que no merecía tener una amiga tan buena.

Esa tarde de otoño recién estrenado en la que una lluvia de hojas moribundas se precipitaban contra la tierra empujadas por un airecillo travieso, Celia M., Lydia y Prado L., las más lanzadas, se acercaron al rincón en el que Elena saltaba a la comba y se encarraron con ella mientras la escuchaban murmurar.

—¡Ea!, aquí vienen las chiripitifláuticas.

—¡Oye tú!, hermana mala sombra —le espetó Celia (que a ingenio no había quien le echara la pata).

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Por qué eres tan mala?

—Y si lo soy, a ti ¿qué te importa?

—No me importa mientras no hagas llorar a mi amiga.

—¡Ahhh!, ¡a tu amiga! Pues que sepas que yo soy su mejor amiga.

—¿Y así te portas tú con tus amigas?

—¡Que a ti no te importa!

—¡Pues da la casualidad de que sí!

—¡Pues no!

—¡Pues sí!

—¡Pues te digo que no!

—¡Y yo que sííí!

—¡Pos ná! ¡Pa ti la perra gorda! ¡Que me dejéis en paz! ¡Ya no quiero ser más su amiga!

Y aguantándose las lágrimas (a puntito de dejarla en evidencia) y soltando las manos (que ya no podían aguantarse más), le metió a la entrometida niña un empujón de rabia que la tiró de culo y provocó la entrada en escena de las que hasta entonces se habían limitado a escoltarla. Prado le arrancó el saltador y Lydia un manojo de pelos como para hacer una trenza, y si no hubiera sido por la intervención de un grupillo de octavo que las separó al pasar por allí camino a la tapia, sabe Dios cuántas cosas más se habrían arrancado.

—Pero bueno, ¿Queréis parar? ¡Qué os soltéis ya! Demonio de niñas... ¿Estáis tontas o sois tontas?

—¡A la hermana Elisa vas! —le escupió el maltrecho orgullo de Celia, que se marchó sacudiéndose la tierra del babi.

Las mayores siguieron sujetando la rabieta de Elena hasta que el trío de heroínas se perdió en la galería en busca de la autoridad monjil y la condujeron a buen recaudo a su rincón de la tapia donde consiguieron apaciguar a la fierecilla tocando la guitarra y ensayando el villancico con el que se presentarían al concurso anual de Navidad.

El despacho de la madre superiora estaba situado en la planta baja del edificio principal, a la entrada de un largo pasillo que conducía a las estancias privadas de las Hermanas. Elena se encontró delante de la puerta de la mano de la Hermana Elisa, su tutora, que llamó con los nudillos, suave, y a la voz de acento grave que traspasó la madera con un apremiante “adelante” abrió sin pasar del dintel, dirigiéndose con respeto a aquella figura enérgica.

—Buenos días, madre. Aquí le dejo a Elena. —Y acto seguido añadió mirando a Elena—. Cuando la madre termine contigo, te vuelves derechita a clase, que ya conoces el camino. —¡Qué mal le sonó eso de “cuando la madre termine contigo”!

Elena entró como un corderillo camino del cadalso cerrando la puerta tras de sí con una concentración ridícula.

—Acércate y toma asiento —escuchó de nuevo la gravedad de aquella voz, y al volverse de cara a la mesa de la Madre y levantar la vista medio cegada por la luz frontal que se colaba desde el ventanal, se percató de que no estaban solas. De un ángulo oscuro del despacho emergió otro hábito, morada de la figura inconfundible cuyo rostro permanecía oculto tras un enorme pañuelo blanco, que más que pañuelo parecía la Sábana Santa, con el que se restregaba a conciencia la cara sudorosa. Esa estatura gigantesca no podía pertenecer más que a la Hermana Trinidad.

—¡Anda! ¡Mira a quién tenemos aquí! ¡Si es nuestra querida Elena! Hola Elena, buenos días.

—Buenos días, Hermana.

La Hermana se aproximó hacia ella y la miró desde su superioridad física y moral abismándose en sus ojos hasta escudriñar sus pensamientos más íntimos. Ella tenía ese don divino o humano. Era una maga fabulosa, grandiosa y enigmática. Fuera lo que fuese lo que vio en las profundidades del alma de la fierecilla con piel de cordero, resolvió el sacrificio sin ni siquiera haber comenzado el festín.

—Estoy pensando, Madre, que con la mañana tan ocupada que tiene usted hoy, si me da su consentimiento, yo podría aligerarle un poco la carga ocupándome del caso aquí presente. Siempre que no tenga usted alguna objeción. —La Madre Rosario vio el cielo abierto, al menos aquel día, con total lucidez, al despachar a una

mocosilla como Elena (la menor de sus preocupaciones, sin duda alguna), sin malgastar su precioso tiempo.

—Ya que se ofrece con tanta generosidad Hermana, no sólo no tengo ningún inconveniente sino que me hace, como bien supone, un gran favor. En poco más de media hora tengo aquí a quien usted sabe y me quedan papeles por revisar.

—Pues no se hable más. La dejamos madre. Que el Señor la ilumine como siempre hace.

—Que Él la acompañe, Hermana.

Y agravando aún más, aunque pareciera imposible, el tono de su voz, añadió:

—En cuanto a ti, jovencita, estoy segura de que sabes por qué nos hemos molestado en traerte aquí dedicándote nuestro tiempo y nuestras preocupaciones. Que no se vuelva a repetir. La Hermana me tendrá informada, ¿entendido?

—Sí, madre.

—¿Y...?

—Perdón y gracias, madre.

Salió del despacho con la manaza, extrañamente liviana, de la Hermana posada en su hombro, y sintió que saltaba de la sartén al fuego. Sin embargo, para su sorpresa, la monja la llevó de “tour” por el colegio. Empezaron por la cocina, donde la obsequió con media tableta de chocolate El Gorriaga que fue mordisqueando en su paseo por las galerías y el patio, mientras escuchaba aquella voz que cada vez se volvía más hermosa y musical, y sentía aquella manaza cálida y reconfortante que no se separaba de su hombro; continuaron por la capilla donde se postraron ante la imagen de la Inmaculada, y su “angelota” alzó una plegaria liberando un canto celestial que ahuyentaba pesares y convocaba prodigios; y terminaron en la salita privada de las Hermanas en la que una

viejita enjuta y pálida dormitaba en una mecedora junto a la ventana.

—Ven aquí, Elena. Sentémonos. Quiero hacerte dos regalos. —Elena no salía de su asombro. “¿Para cuándo la bronca?”.

—El primero es éste. —Y le alcanzó un libro delgadito (“Hay libros cortos que, para entenderlos como se merecen, se necesita una vida muy larga”) en cuya portada aparecía el dibujo de un niño de aspecto triste y enigmático, subido a una especie de globo extraño y rodeado de estrellas amarillas—. La Hermana Elisa me ha dicho que lees muy bien pero a regañadientes. Fue este libro y la historia que en él se cuenta, lo que despertó mi amor por la lectura. Espero y deseo que a ti te suceda lo mismo. Léelo, y cuando lo termines, me lo dices y hablamos sobre él. En cuanto al segundo, verás, Elena —prosiguió la monja en tono confidente—, sé que te estarás preguntando por qué no parezco enfadada contigo después de tu mal comportamiento. Te diré la verdad, porque con ella, querida niña, se llega siempre a donde una quiere. Cuando yo tenía tu edad, me parecía mucho a ti. No en el aspecto físico —rió escandalosa—, porque ya por aquel entonces yo era una grandullona y una bruta, para más inri, y tú por el contrario eres una preciosidad, pero Pero sí en la manera de relacionarme con los demás. Era fuerte, o al menos ese era el aspecto que tenía, y me hacía la valiente, como si tuviera que estar a la defensiva, alerta, ¿entiendes? —Elena asentía pensativa—. Pero en realidad no lo era en absoluto. Los que se acercaban a mí sólo veían eso, la fachada, pero no conocían nada de lo que de verdad pensaba o sentía porque yo no los dejaba. Era la líder del grupo, no podía permitirme el lujo de mostrar mis debilidades.

Hasta que un buen día llegó al colegio una chica nueva. Apareció de improvisto, a mitad de curso de la mano de una

señora mayor, su madre Remedios, de aspecto pulcro y humilde, vestida de negro riguroso y ojillos vivarachos, que la acompañó hasta el aula. Acababan de trasladarse aquí desde San Vicente del Raspeig, un pueblecito cercano a Alicante donde hacen los bollos de leche y la horchata más buenos que he probado en mi vida. Vivieron allí hasta que su padre murió de repente una madrugada traicionera que salió a pescar y su viuda decidió venirse a Sevilla a vivir con una hermana buscando consuelo y mejores oportunidades para salir adelante. La chica parecía mayor que nosotras, por aquel entonces existían bastantes escuelas unitarias en las que los escolares estábamos todos juntos en la misma clase aunque tuviéramos edades bien distintas. Sí, era algunos años mayor pero bajita y escuchimizada; llevaba el pelo corto como un niño, el dobladillo de la falda descosido y los zapatos cubiertos de polvo (seguro que vino jugueteando con la tierra todo el camino). Eso era lo que se veía allí al mirarla tiesa como un junco en la puerta del aula con su cara distraída. Pero cuando la maestra nos la presentó: *Niñas, ésta es Salvadora, vuestra nueva compañera*, y nos regaló su primera sonrisa, todo en ella se transformó como si la hubieran hechizado. Y Salvi sonreía, sonreía con la boca, sonreía con los ojos, sonreía con las manos y con todo aquel cuerpecillo suyo de carnecilla precaria, tan poquita cosa, y el efecto que provocaba a su alrededor ¡Era increíble! De la noche a la mañana todas las que hasta aquel momento no tenían ojos más que para mí, parecían haberse olvidado de mi existencia cegadas por la luz de aquella “bruja”. “¡Qué convenientes! ¡Más falsas que Judas, eso es lo que son!”, pensé. Y yo, como bruta que era, me transformé en una loba. Sí, así fue, que el Señor me perdona —reconoció persignándose—, aunque yo creo que a estas alturas ya lo ha hecho —apuntó, guiñando un ojo—. Me volví antipática, respondona,

pegona y rencorosa. Mis amigas de toda la vida me preguntaban por qué me comportaba de aquella manera, pero yo era demasiado orgullosa para reconocer la verdad, que no era fuerte, o al menos no como había que serlo, que me sentía confusa, insegura, abandonada y estaba muerta de envidia y de celos, y atajaba el asunto siendo todavía más antipática y más bruta, llamándolas cosas feas y apartándome de ellas. —La Hermana se tomó un respiro mientras arropaba con la mantita a la monja de la mecedora que continuaba dormida.

Pero el Señor es bondadoso aunque nosotros, sus hijos, nos desviemos, a veces, del buen camino descarriándonos como ignorantes ovejas. Y resultó que la chica nueva, la bajita, canijilla, de aspecto desaliñado, era, además, más lista que el hambre. Y una mañana durante la hora del recreo se presentó en el rinconcillo del patio donde sabía que yo me reconcomía con mi orgullo maltrecho, acompañada de una guitarra. Se ganó mi admiración en un minuto, rajeando aquellas cuerdas mágicas mientras entonaba una cancioncilla de alabanza. Me desarmó sin compasión. Me sentí un ratoncillo insignificante a su lado y comprendí que la verdadera grandeza es la del corazón. Lo que vino a continuación te lo puedes imaginar conociendo mi amor por la música. Y otro día con más tiempo te lo cuento con detalle, si quieres, porque creo que me he pasado de la hora y, al final, soy yo quien se va a ganar la reprimenda de la Hermana Elisa.

Recuerda esto jovencita: en la vida recibirás aquello que des; si das amor, tendrás amor, pero si repartes odio y resentimiento, te será devuelto multiplicado por mil. Confío en ti, Elena.

En éstas estaban, cuando la monja durmiente despertó y se percató de la visita. La Hermana Trinidad se le acercó y le besó la frente

—¿Cómo se encuentra hoy mi “brujita”? Y ella sonrió. ¡Sonrió con su boca, con sus ojos, con sus manos y con su corazón enfermo, iluminando todo a su alrededor!

Elena deshizo el camino hasta el aula con “El Principito” bajo el brazo y la lección bien aprendida. Llegó a clase cuando sus compañeras andaban recogiendo para marcharse a casa. La Hermana Elisa quiso saber.

—¿Cómo te ha ido con la Madre?

A lo que ella respondió, revelando su futuro.

—Yo no quiero ser una loba, ni una oveja descarriada. Yo quiero ser también una bruja. —La pobre Hermana Elisa desconcertada, la miraba con ojos aterrados—. Una brujita buena, hermana. —Y le dibujó la mejor de sus sonrisas.

Imagina una bandada de estorninos volando todos en perfecta sincronía. Imagina ahora cómo uno da la vuelta, solo, y en medio segundo, el resto lo sigue.

Elena era ese pajarillo único, singular... Y descubrió que, como bien le había enseñado aquella monja sabia, la sonrisa era el arma más poderosa del Universo.

“Es tu risa la espada
más victoriosa.
Vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Por venir de mis huesos
Y de mi amor.”

Sí, mayo marceaba huraño y debilitado. A esas alturas de curso, las chicas habían olvidado casi por completo aquellos comienzos tempestuosos.

Su paso por el Santo Ángel de la Guarda fue inolvidable, conocerían el verdadero significado de la palabra amistad, la que se revelaba en aquel libro mágico que releería tantas veces a lo largo de su vida, siempre emocionada ante la simplicidad de su lenguaje y la profundidad de su mensaje. Y así, entre juegos (el corro de la patata, al cielo voy, el pañuelo, la comba, al pillar...), estampas de “vida y color”, cromos y recortables, clases de costura, funciones en el salón de actos, ayunos de Cuaresma (*ayunad de egoísmos, quejas, palabras ofensivas y tristezas*, les decía el cura Héctor) y cantos espirituales, se encontraron con catorce años superadas ya las cuatro reglas, los problemas Rubio, las ecuaciones simples, los continentes, océanos, ríos y capitales del mundo, los Reyes de España, las cuatro etapas de los seres vivos, la velocidad lectora y los análisis morfológicos y sintácticos, la vuelta campaná y el pino, el punto de cruz y la vainica, y demás conocimientos y habilidades para enfrentarse a una nueva etapa: el Bachillerato Unificado Polivalente del que ellas fueron conejillos de Indias aunque salieran bien airosas.

Atrás quedaron los celos y berrinches infantiles y la bendita edad de la inocencia. Delante les aguardaban los cambios “drásticos” que el paso de niñas a mujeres iban tallando en sus cuerpos y sembrando de dudas, complejos y preguntas, hasta entonces inimaginables, sus “torturadas” mentes adolescentes.

Autoestima pendular, llantos desconsolados y risas explosivas, angustias y euforias, sentimientos a flor de piel. Pero también,

experiencias únicas e irrepetibles, atesoradas en sus corazones con orgullo, gratitud y cariño infinito.

El cura Héctor (¡pobre cura Héctor!, víctima de las descaradas adolescentes a las que les encantaba ponerlo en apuros pero al que, por otra parte, ayudaron a espabilar...y es que las chicas eran la quintaesencia del arte mundano) y sus inolvidables misas celebradas en clase creando una comunión como jamás después vivirían; las escondidas en el “petit” (término francés para nombrar el servicio, reminiscencia del origen galo de la congregación de las Hermanas), un cubículo de dimensiones enanas en el que a duras penas conseguían sentarse en el inodoro sin que su cabeza chocara contra la puerta y en el que, sin embargo, se apelotonaban un grupo imposible de locas de atar, ansiosas por pegarle unas caladas al prohibido cigarrillo de turno antes de los temidos exámenes de latín, desafiando la paciencia de monjas y resto de profesores y sus generosos límites de libertad; los exhaustivos comentarios de texto, elegidos con un gusto exquisito que aprendieron a realizar bajo la dirección “dictatorial” de la Hermana Áurea a la que, pasado el tiempo, todas le reconocieron su buen hacer académico aunque por aquél entonces se maldecían por el tiempo que les ocupaba, el esfuerzo que les suponía y el genio de la peculiar monja; el trabajo solidario de los domingos en los que el despertador sonaba a las siete de la mañana, ¡pero hala, ellas más contentas que unas Pascuas!, acarreando ladrillos y bovedillas (sarna con gusto..., ya se sabe), en una cadena humana ilusionada por sentirse útil colaborando en la construcción de lo que sería Montetabor, una residencia de ancianos en el Aljarafe (eso sí, al terminar la jornada y dar de mano, reventadas pero felices, se reunían todos para devorar con avidez los tomates aliñados con ajito picado más buenos que

guardarían en su memoria); los Don Mario, el chico (excelente profesor y mejor persona) y el grande (con su eterno cigarro, su barriga cervecera y su fijación con el planeta de los “Humos”); el DOLOR, así, con mayúsculas, más cruel, estéril e incomprensible por la muerte de almas nobles que asomaban al mundo a través de ojos puros para regalar su alegría, su bondad y su vitalidad; almas truncadas de forma cruel, arrebatadas por esos designios misteriosos que te llenan de rabia e impotencia y despiertan tu lado más rebelde hasta que una vez más el tiempo, tu experiencia, tu fe o la serenidad que te regalan las canas, te hacen quedarte con lo bueno embalsamando tus heridas; los teatros, concursos, verbenas, carreras por las galerías, secretos en la tapia, primeros amores y desengaños, amigas invisibles, miedo atroz al pasar lista, viajes increíbles... Y toda una etapa vivida con la intensidad de las cosas bellas creando lazos de acero y piel a salvo del paso de los años, la rutina, la distancia y la manipulación de aquellos ilusos que intentan hacer tambalear la creencia profunda de que la amistad verdadera es para siempre.

